



Agustín Basave

## ¿Regresa el fraude patriótico?

La democracia es exigente. Sólo funciona a plenitud en condiciones difíciles de alcanzar: ciudadanía madura y refractaria a fanatismos, medios veraces y críticos, altos estándares de educación y bajos niveles de desigualdad. A ello se refería Churchill cuando la catalogó como el peor sistema que existe con excepción de los demás que se han inventado. Con todo, la precariedad democrática, la que suele darse en sociedades que incumplen esos requisitos, es preferible a la autocracia más refinada.

El problema con las posturas fundamentalistas es que dificultan la transición pacífica del poder. Polarizan, cierran la puerta a la pluralidad, socavan el reconocimiento de la legitimidad del contrincante, invocan encono y crispación. La democracia se descompone cuando un partido o movimiento deslegitima a los demás y se arroga la exclusividad de la representación popular. Si se proclama que el triunfo de la oposición haría que la nación misma dejara de existir, si la descalificación del otro llega al extremo de tacharlo de vendepatrias, de ilegítimo y en consecuencia de inelegible, se atenta contra la posibilidad de la alternancia.

El debate en torno a la reforma eléctrica del presidente López Obrador mostró cómo se llega a ese nefando escenario. Los prolegómenos estaban ahí: desde 2018 se estigmatiza desde la Presidencia a todo aquel que se le oponga:

se le mete a empujones en la bartolina conceptual del "conservadurismo" con los epítetos de corrupto, hipócrita, clasista, racista y un ominoso etcétera. Pero lo que AMLO y Morena arrojaron a los diputados que osaron votar contra su proyecto es un anatema de deshonor que rompe su propio récord de intolerancia: si antes separaba a la población entre los honestos de la 4T y los corruptos opositores, ahora la divide entre los mexicanos que lo siguen y los apátridas que rechazan la única opción para fortalecer al país –la suya– que es concebir a la Comisión Federal de Electricidad no como un medio sino como un fin en sí mismo. Dice AMLO que nadie pudo votar en contra de su propuesta por convicción, que quienes lo hicieron son entreguistas o fueron comprados por empresas extranjeras. El discurso maniqueo de que el oficialismo detenta el monopolio del amor a México y que en la oposición no hay patriotas es francamente estúpido. De esa lógica emanó la barbaridad de que quienes no apoyaron la iniciativa de AMLO traicionaron no al presidente sino a la mismísima patria, que él encarna, y una ridícula posdata: quienes aprobaron la reforma de Peña Nieto y ahora respaldaron la de AMLO fueron una suerte de héroes alienados.

El debate en el pleno de la Cámara de Diputados fue vergonzoso. Salvo raras excepciones, campeó el dogmatismo en las filas gobiernistas, cuyos integrantes

se enfrascaron en una abyecta competencia por el campeonato de complacencia al Señor Presidente. Como en los peores tiempos del culto a la personalidad, no esgrimieron nuevas tesis: se limitaron a declamar los mantras del templo mañanero, a recitar las invectivas presidenciales. Tampoco acusaron a los opositores de estar equivocados en el camino que creen benéfico para los mexicanos; los injuriaron y los difamaron impunemente. AMLO pudo haber enmendado las disposiciones constitucionales en materia eléctrica si hubiese actuado con una pizca de humildad. En lugar de eso, con soberbia supina, él y sus acólitos ofendieron y ofenden a diputadas y diputados de bien –que los hay– que quieren a su país pero discrepan de la 4T. El daño que le hace a México ese fundamentalismo, que en cualquier momento puede pasar de la violencia verbal a la violencia física, es incalculable.

En tales circunstancias es válido el cuestionamiento: si la (el) candidata(o) de Morena perdiera la próxima elección presidencial, ¿entregaría AMLO la banda a un conservador dispuesto a enajenar la nación, como juzga a todos sus "adversarios"? Y si lo vetara, ¿no sería esa posición maximalista equivalente a la de quienes le endilgaron el infame mote de "un peligro para México"? Atención: lo que quedaba del mantra de "no somos iguales" se cayó a pedazos en la consulta revoca-



[Viene de la  
página anterior](#)

toria, cuando AMLO recurrió al acarreo, al uso clientelar de programas sociales y a otras marrullerías de sus antecesores. En 1986, en Chihuahua, se acuñó el término "fraude patriótico". El PRI-gobierno impidió a la mala la victoria del candidato del PAN a la gubernatura de ese estado bajo la peregrina excusa de que si la derecha gobernara una entidad fronteriza existía el peligro de perder territorio a manos de Estados Unidos. El robo de votos se convirtió así en un acto de patriotismo. ¿Qué hará AMLO en 2024 si están a punto de triunfar quienes, según pregonan, personifican la antimexicanidad? Sé que le indigna que se le considere capaz de perpetrar aquello contra lo que luchó, pero no puede refutar dos verdades: 1) en la revocación de mandato presidió una elección de Estado; 2) usar el aparato estatal para obtener los resultados deseados es hacer una elección fraudulenta. Como diría Fernando del Paso, el fraude suele realizarse antes de la jornada electoral.

Al adversario se le derrota, al enemigo se le destruye. A quien se le cree buen mexicano, cuyas ideas se asumen erradas, se le combate en las urnas y se respeta su derecho a gobernar si la mayoría lo decide. A quien se tilda de mal mexicano, al que el poderoso acusa de traición, se le frena, haiga sido como haiga sido. Así no se precariza la democracia: así se intenta demolerla. ●